

## Adiós al absoluto: a los marcos, a las cajas y a las mayúsculas

La ciencia moderna ha creado un modo de producción de conocimientos extremadamente potente en todas las áreas que admiten ser estandarizadas, pero ha dejado fuera del foco de sus luces una infinidad de mundos, de experiencias, de saberes que han quedado no solo deslegitimados sino excluidos.

El objetivismo a su vez ha intentado apoderarse (con bastante éxito y sin ningún mérito) de los triunfos de la actividad científica funcionando como un ariete ideológico fundamental para la expansión de los valores, las prácticas y los modos de vida de la elite europea. Al instituir su razón como *La Razón*, y su punto de vista como *La Descripción Objetiva de la Realidad*, invisibiliza, desprecia y excluye una inmensa variedad de experiencias, prácticas, saberes y virtudes.

En el siglo XIX el objetivismo y el mecanicismo alcanzaron la cumbre de su potencia pero ya comenzaron a vislumbrarse sus límites. En el siglo XX la teoría de la relatividad y la física cuántica primero, la termodinámica no lineal de procesos irreversibles, y las Ciencias del Caos, los desarrollos en Sistemas Complejos Evolutivos rompieron los estrechos marcos del mecanicismo para mostrarnos una naturaleza dinámica y compleja. Hacia fines del siglo una catarata de nuevos abordajes y cambios paradigmáticos eran la norma más que la excepción. Las pretensiones de explicarlo todo a partir de principios mecánicos se fueron evaporando sin prisa y sin pausa.

Lo mismo ocurrió con la epistemología sobre todo a partir de la década del sesenta en que la concepción objetivista clásica comenzó a ser cuestionada para luego dar paso a una gran variedad de enfoques diferentes como los constructivistas, los construccionistas sociales, y la propuesta de Edgard Morin para un pensamiento complejo, el pensamiento rizomático de Deleuze y Guattari, entre muchos otros. Todos ellos ponen la objetividad entre paréntesis, y nos invitan a pensarnos como actores del conocimiento, a la vez que nos muestran que también nosotros somos parte indisoluble de la naturaleza y somos moldeados tanto por nuestra cultura como por el medioambiente en el que convivimos.

En la actualidad la eficacia de la metáfora mecanicista ha quedado relegada a una zona muy estrecha de las prácticas y saberes sociales. El objetivismo está siendo permanentemente cuestionado en muy diversos ámbitos, sin embargo sigue gozando de un gran poder de penetración. ¿Cómo entender que una concepción fuertemente erosionada por las críticas siga teniendo no solo reconocimiento sino incluso prestigio?

Estamos acostumbrados a pensar que sostenemos nuestras creencias debido a su verdad y que cuando encontramos algún fallo en ellas las abandonamos, o deberíamos hacerlo. Sin embargo, nada es tan lineal ni sencillo en la vida humana y las creencias no son meras palabras flotando en la mente individual como supone el representacionalismo. Aquello que creemos forma parte de un modo de vida compartido, está entramado en una historia y ligado a un conjunto de prácticas. Cambiar de ideas puede ser algo muy peligroso, puede costarnos el trabajo, alejarnos de los amigos, llevarnos al exilio o a la hoguera.

La objetividad fue un mito indispensable para que la razón occidental (es decir, la de las elites europeas) se presentara como *La Razón Humana*. Al mismo tiempo que se degradaba a todas las demás racionalidades y modos de conocimiento. Esa Razón justificó todos y cada uno de los procesos de conquista y colonización que avasallaron a cientos de pueblos alrededor del mundo bajo el mito del progreso que la civilización traía consigo. Una vez más las luces no dejaban ver las sombras y el precio en vidas humanas, depredación del medio ambiente, destrucción de culturas que "el avance" traía consigo.

No nos resulta fácil abandonar el mito objetivista pues nuestra cultura se ha establecido bajo supuesto de la ligazón entre la razón objetivista, la civilización, el progreso y el bien. Nos han enseñado que si abandonamos la idea de una la racionalidad única y un conocimiento objetivo estaremos condenados al atraso, la miseria y el mal (la versión laica de la lucha entre Dios y el Diablo). Sin embargo, si somos capaces de sacudirnos también las dicotomías veremos que no solo ésta no es una oposición legítima sino que estaremos en condiciones de empezar a pensar las zonas oscuras de la civilización y de la humanidad.

Durante el siglo XX la mitología que igualaba el bien a la razón quedó hecha pedazos: el Holocausto y los incontables genocidios perpetrados por pueblos civilizados integrados por hombres que eran ejemplo de racionalidad no deberían haber dejado la más mínima duda. Las matanzas planificadas científicamente generaron la más poderosa máquina de matar que el hombre haya producido jamás. Su invención, construcción y utilización no fue el resultado de los "bajos instintos" de algunos pueblos bárbaros o salvajes sino el producto de la razón objetivante de los pueblos civilizados.

Sin embargo, hasta hoy los imperios occidentales siguen propalando a los cuatro vientos el credo central de su cultura que pretende igualar la Civilización, la Razón y el Bien (siempre escritos con mayúscula y en singular) cuando cotidianamente podemos experimentar la falacia y hasta el absurdo de estas afirmaciones.

En la actualidad estamos viviendo tiempos agitados. Día a día surgen nuevas metáforas en la cultura que incluye el surgimiento de nuevos paradigmas en la ciencia, al mismo tiempo que los valores están cambiando a ritmo vertiginoso así como los modos de vida a escala planetaria. Sin embargo, las usinas mediáticas y las élites siguen promoviendo el discurso objetivista con más intensidad que nunca, puesto que ha comenzado a perder fuerza, y sigue siendo indispensable para el proyecto de dominación.

La creencia en la objetividad sigue vigente por la necesidad de las elites occidentales de contar con un discurso legitimador y porque éste es cuestionado por otros discursos que lo combaten aceptando los mismos términos y reglas de juego que impuso la ideología dicotómica y racionalista. Así, la matriz de pensamiento lejos de debilitarse, se refuerza reeditándose en nuevas versiones. un claro ejemplo de esta paradoja lo brindan algunos discursos marxistas que han llevado al objetivismo a sus máximas pretensiones y expresiones.

Las instituciones educativas y los medios de comunicación hegemónicos son cruciales para el sostén del discurso objetivista. Pero la vida bulle y el cambio fluye sin pedir permiso erosionando los muros de contención erigidos por escuelas y medios, que no pueden evitar ser atravesados por la dinámica de las redes. Los propios cambios internos del capitalismo han llevado a que los viejos cánones que

tanto había costado establecer comenzaran a resultar un obstáculo para los nuevos modos de vida del siglo XXI. A la obsolescencia del modelo y el asalto de las innovaciones, se agregan los sonidos de voces largamente soterradas o ninguneadas. Modos de vida antes desvalorizados o incluso patologizados hoy generan nuevos imaginarios y aportan valores y estilos que la grilla normalizada de la sociedad estatal no admitía o directamente combatía.

Otros modos de pensar-sentir-actuar que no disocian la experiencia humana y reconozcan la legitimidad de las múltiples formas en que el saber se expresa en cada cultura están pidiendo paso, algunos son antiquísimos y otros están naciendo, pero todos ellos van creciendo entre las grietas de la poderosa máquina moderna que se resiste a morir. Al mismo tiempo, el proceso de licuación de los estados nacionales y el desmoronamiento de los modos de vidas característicos de la modernidad hacen perentoria la necesidad de crear nuevas cartografías.

Deshacer el hechizo objetivista implica mucho más que un cambio de paradigmas pues el cambio que media entre una concepción identitaria, dicotómica y disociada de la vida y el conocimiento y un saber vincular, implicado y complejo no es meramente intelectual. Esta transformación exige de nosotros una forma diferente de poner el cuerpo, de sentir el mundo, de expresarnos, de convivir con la alteridad.

Liberados del grillete mental que implica aceptar el mito del método único, abiertos la percepción y el pensamiento a la multiplicidad de este universo diverso en el que convivimos, podemos hacer camino al andar. Ya no más "enfrentados a la naturaleza" y obligados a optar entre tan solo dos opciones, es posible comprendernos como una especie entre otras, junto a otras, gracias a otras y también 'contra' otras. La vida es encuentro e intercambio. Los seres vivos encuentran sus "nichos ecológicos" en el juego de las tensiones entre la vida la muerte, el uno y el otro, la comunidad y la disparidad. Esas tensiones son las que dan forma a su existencia a través del intercambio con los otros.

En la dinámica de la vida la alteridad es condición de posibilidad y no solo fuente de hostilidad. Las fronteras no son límites infranqueables sino membranas permeables en permanente configuración gracias a la cual cada entidad (célula,



organismo, persona) mantiene su autonomía en y por el intercambio. En esta dinámica vital toda demarcación es provisoria, los límites no están definidos *a priori*, y -aunque podamos formarnos una imagen de ellos- no serán la imagen de la vida misma sino solo instantáneas de un proceso siempre en movimiento. Un marco teórico sólo es útil si lo entendemos como un sistema de restricciones que a la vez genera posibilidades. Como una ficción útil que nos permite producir, operar, pensar y crear pero que nos presenta sólo una faceta del mundo. Foucault concibe la teoría como una "caja de herramientas" que nos permite construir sentido sin quedar atrapados en los marcos pre-establecidos. Sin embargo, en algunos casos, el uso de esta metáfora no significa más que un mero cambio de nombre ya que se sigue exigiendo que seleccionemos las herramientas antes de saber qué es lo que va a investigarse y se desconoce el valor de dispositivos de conocimiento no aceptados por la jerarquía académica.

Despedirse del absoluto, arriesgarse a navegar la complejidad, nos lleva a explorar territorios móviles, a admitir la potencia del infinito en nuestras vidas, a jugar en un mundo de tensiones siempre activas en el que cada quién se forma y se transforma según su capacidad de resistencia y colaboración con muy diversos otros. Aprender a jugar este juego, conocerlo íntimamente, solo es posible jugándolo. No hay un método único ni una receta exclusiva, sino una búsqueda multiforme y abierta a la sorpresa, a la diversidad. No es la tarea que puede hacer un individuo que se cree el amo de su destino enfrentado a la naturaleza sino la obra de un colectivo que se sabe inmerso y a merced del flujo de la vida. Como bellamente expresó el poeta:

*—¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?, ¿cuándo somos de veras lo que somos?, bien mirado no somos, nunca somos a solas sino vértigo y vacío,*

*...la vida no es de nadie, todos somos la vida...*

*... soy otro cuando soy, los actos míos son más míos si son también de todos, para que pueda ser he de ser otro, salir de mí, buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo, los otros que me dan plena existencia, no soy, no hay yo, siempre somos nosotros, la vida es otra...*

*(Octavio Paz, Piedra de sol).*